

historia y sociedad

RECUPERANDO EL ALTIPLANO PARA LA FE: EL COLEGIO APOSTÓLICO DE AREQUIPA Y SU LABOR MISIONERA EN PUNO EN EL SIGLO XIX

Álvaro Espinoza de la Borda

El establecimiento en 1869 de un colegio apostólico de Propaganda Fide en Arequipa, en el convento de recolección de San Jenaro, marca el inicio de una intensa campaña de evangelización por medio de las misiones populares, desarrolladas por misioneros franciscanos. Esta acción misionera —que se prolongó durante varias décadas— significó la recuperación de extensas zonas andinas para la fe católica gracias al trabajo de religiosos y hermandades de terciarios que contrarrestaron a las logias masónicas y demás grupos opuestos a la Iglesia. El altiplano fue el

escenario de la acción de los misioneros que por décadas —a lomo de bestia o en ferrocarril— recorrieron un extenso territorio llevando el mensaje evangélico.

EL CONVENTO DE SAN JENARO

Arequipa, en el sur del país, es una ciudad marcadamente religiosa, por lo que mereció el título de Roma del Perú, dado por el fraile Elías del Carmen Passarell. A lo largo de su historia ha contado con diversas instituciones desde las que se ha predicado el Evangelio. Entre ellas se puede contar el convento de San Jenaro, comúnmente conocido como La Recoleta.

El convento franciscano de San Jenaro fue fundado en 1648. Por ser una casa de recolección, se ubicaba en las afueras de la ciudad, cruzando el hoy puente Bolognesi en la zona conocida como La Chimba. En él se recogían los frailes para renovarse en la oración, la penitencia y la contemplación, por lo que alcanzó fama dentro de San Antonio de los Charcas, provincia a la que pertenecía. Gozó de tanta estima, que incluso algunos pobladores vecinos lograron revertir diversos intentos de clausurarlo.

No pocos de los moradores del convento tuvieron fama de santidad, como quedó atestiguado en las obras de Travada y Echeverría que narraron la vida del convento en sus comienzos (Travada 1993 [1750]; Echeverría 1952 [1804]).

Los años posteriores a la Independencia, sin embargo, verían al convento atravesar momentos de crisis: un número significativo de religiosos se retiró y disminuyó el fervor en la vida conventual. Tal situación se iba a prolongar por varias décadas. No obstante, el convento contó siempre con una nutrida comunidad.

LOS COLEGIOS APOSTÓLICOS DE PROPAGANDA FIDE

Un colegio apostólico de Propaganda Fide era un convento que gozaba de autonomía frente a la provincia de su respectiva orden, de modo que estaba bajo la autoridad de un comisario. En él se formaba a los religiosos que se sintiesen con vocación para las misiones: se les proporcionaba una instrucción particular y una adecuada preparación espiritual para que ejercieran su apostolado lo mismo entre fieles que en región de infieles.

Los colegios de misioneros no eran novedad en el Perú; ya desde el siglo XVIII se puede encontrar más de uno. Tal es el caso del afamado convento de Santa Rosa de Ocopa, quizá el más representativo; también se pueden mencionar el de Nuestra Señora de los Ángeles, en Tarija (hoy Bolivia), y el de Nuestra Señora del Mayor Dolor, en Moquegua.

A mediados del siglo XVIII algunos religiosos partieron desde Tarija para realizar misiones en el obispado de Arequipa. Por ejemplo, hacia 1750 un grupo de ellos llevó a cabo unas misiones de 29 días en Moquegua; en 1773

— Álvaro Espinoza de la Borda —

nuevamente tuvieron lugar otras, esta vez no solo en dicha ciudad, sino también en la costa norte de la diócesis (Camaná, Ocoña, Quilca, Atico); en 1774 hubo otras misiones en Tarapacá (Domínguez 1955: 55-56; Heras 1983: 32-33). Por esa razón, en 1776 se estableció un colegio apostólico en Moquegua, que se convirtió en punto de partida para recorrer diversas poblaciones no solo dentro del mismo obispado (en localidades como Camaná, Caravelí, Ocoña, Arequipa, Tacna, Arica, Tarapacá e Iquique) sino incluso en el Cuzco (como Tinta, Acomayo, Sicuani, Quiquijana, entre otras).

Lamentablemente, la convulsión producida a partir de las luchas por la independencia trajo consigo el cierre de los colegios apostólicos debido tanto a la supresión dictada por Bolívar como a la partida de los sacerdotes (de origen español en su mayoría).

Una vez recobrada una relativa calma, los misioneros volverían. Precisamente, el establecimiento del colegio apostólico en el convento de San Jenaro corresponde al proceso de restauración iniciado en 1838 con el célebre convento de Ocopa, al que seguirían Lima (1852), Cuzco (1853), Arequipa (1869), Cajamarca (1870) e Ica (1879).

EL COLEGIO APOSTÓLICO DE SAN JENARO

Luego del terremoto que asoló Arequipa el 13 de agosto de 1868 —y con la ciudad aún en ruinas— José Benedicto

Torres fue nombrado obispo de la diócesis, vacante desde hacía algunos años. Por invitación suya llegaría a la ciudad una misión proveniente de Lima, conformada por el hermano José Álvarez y por los padres José María Masiá, José María Rodó, Rafael Llauradó y Juan Estévanez. El efecto de la prédica de estos evangelizadores hizo que muchos se reconciliaran con la fe y aumentó de modo extraordinario el concurso de fieles en los diferentes actos. Estos mismos fieles terminarían luego solicitando la permanencia de los misioneros. Precisamente, a petición suya —y por voluntad del prelado— el 19 de septiembre de 1869 se estableció un colegio de misioneros en los claustros de la antigua recolección de San Jenaro, lo que constituyó todo un acontecimiento. Este instituto funcionó hasta 1908, año en que fue incorporado a la provincia de los Doce Apóstoles y, luego —ya como convento—, a la de San Francisco Solano en 1914.

Ya se mencionó que los colegios apostólicos preparaban evangelizadores para el trabajo entre fieles e infieles. Al no ser Arequipa una zona de infieles, la labor del colegio se orientó a llevar a cabo misiones populares y, pasados los años, al establecimiento de toda una red fraternidades de órdenes terceras. También se dedicó a la prédica, la promoción de la prensa católica, el establecimiento de círculos de obreros y otras iniciativas que terminarían por producir un «resurgimiento religioso» (Espinoza 2007). De hecho, se considera que estos institutos fueron «[...] eficaces colaboradores de los obispos, quienes se sirvieron de

— Álvaro Espinoza de la Borda —

ellos para buscar la reforma del pueblo y de la vida religiosa en conventos y monasterios» (Heras 1996: 85).

Ilustres religiosos morarán en los claustros del colegio. Tal es el caso de fray Buenaventura Pilu y Masiá, el *Fratello*, muerto en olor de santidad,¹ fray Benito León Cabrer, fray José María Cervera y fray Francisco Tarazona. También residieron en él varios futuros diocesanos como José María Masiá, fundador del colegio y primer guardián presidente, quien llegó a ser obispo de Loja (Ecuador); Juan Estévanez Seminario, también fundador, posteriormente elegido obispo de Puno; Mariano Holguín, dos veces guardián, quien llegó a ser obispo de Huaraz, así como obispo y primer arzobispo de Arequipa, y posteriormente administrador apostólico de Lima.

El caso del padre Estévanez, prontamente solicitado como auxiliar de las diócesis de Cuzco y Arequipa, resulta un significativo ejemplo del rápido prestigio que alcanzaron los misioneros en el sur de país. Vale la pena detenernos un poco en él.

1. Narraba el maestro Belaunde: «[...] el hermano Ventura, venido de Italia, [...] recogía las limosnas en las calles de Arequipa, repartiendo bendiciones y haciendo regalos a los menesterosos y dialogando cariñosamente con los niños. Una tradición nos cuenta, que todas las noches, cargado de una pesada cruz que se conserva en el convento, recorría las estaciones del Vía Crucis. Conocí al hermano Ventura y me gustaba conversar con él; tenía la expresión estática y dulce de los iluminados» (Belaunde 1960: 105-106).

Fray Juan Capristano Estévanéz Seminario nació en Huancabamba (Piura) el 23 de octubre de 1838. Estudió en el seminario de Trujillo y luego en el de Santo Toribio Mogrovejo, en Lima. En este último fue ordenado sacerdote en 1864. Posteriormente se desempeñó como profesor de Filosofía en dicho claustro, e incluso llegó a ser su vicerrector.

Años después fue admitido en el colegio apostólico de Santa María de los Ángeles, en Lima (convento de los Descalzos), donde el 25 de junio de 1867 recibió el hábito franciscano y, un año después, hizo su profesión.

En abril de 1869 el padre Estévanéz llega a Arequipa, enviado para dar misiones bajo el mando del padre Masiá junto a los religiosos ya mencionados. Ese mismo año, como ya se señaló, fue destinado al convento de San Jenaro como parte del grupo fundador del flamante colegio apostólico. Allí ejerció los cargos de lector de Teología Dogmática y Moral, lector de Derecho Canónico, y maestro de novicios y de coristas, labores todas que realizaba en paralelo con su ministerio en el púlpito y en el confesionario. Sobre él apunta el padre Arroyo: «A sus no comunes dotes de bondad e inteligencia añadía las más singulares virtudes que le captaron la veneración y aprecio de los habitantes de Arequipa, particularmente por sus angelicales costumbres, que le merecieron el apelativo de Nuevo San Luis en atención a su exquisita prudencia, su profunda humildad y la distinción de sus modales» (1951: 484).

— Álvaro Espinoza de la Borda —

Por sugerencia del gobierno peruano, el papa León XIII lo nombró obispo auxiliar del Cuzco. Sin embargo, antes de que tomara posesión de su cargo fue trasladado a la diócesis de Puno, que había quedado vacante por la renuncia de monseñor Huerta en 1880. Estando en Roma, presto a recibir el orden episcopal, cayó gravemente enfermo, pese a lo cual recibió la consagración el 29 de agosto de ese mismo año. Enviado a Nápoles a recuperarse, falleció en esa localidad el 1 de octubre.

Además de los ya mencionados, a lo largo de esos años numerosos misioneros recorrieron el altiplano llevando el mensaje evangélico. Entre los sacerdotes se puede mencionar a Mariano Arruga, Buenaventura Perelló, José María Gago, José Daniel Ibarra, Elías del Carmen Passarell, Leonardo Alfonso, Miguel Ramírez, Luis Bouroncle, Juan Soldevilla, Tomás Hermoso, Juan Martí, Antonio Larrea, Francisco León, Antonio Murgoitio, Miguel Uriarte, Bernardino Larrínaga, Pacífico Bertrán, Daniel Gutiérrez, Buenaventura Reoyo, Francisco Villanueva, Francisco Solano Pascual, Pablo Ruiz, Pacífico Ibieta, Leonardo Díaz, Juan Valdivia, Leonardo Echevarría, José Velarde, Agustín López, Fernando Cuesta, Domingo Martínez y Luis Arenaza; entre los hermanos se puede nombrar a Manuel del Carmen Monclús, Leandro Espinoza, Bernardo Vásquez y Salvador Hidalgo. Varios de ellos fueron guardianes del colegio; otros fueron comisarios de la Provincia de los Doce Apóstoles; todos fueron prestigiados religiosos y fervorosos misioneros.

EL TRABAJO MISIONERO EN PUNO

El apostolado de los misioneros franciscanos no se limitó a la jurisdicción de la diócesis arequipeña, pues su trabajo se proyectó también a lugares distantes. Uno de ellos fue Puno, a donde llegaron en distintas oportunidades para realizar misiones populares, visitar sus fraternidades de terciarios y dar retiros espirituales.

Centraremos nuestro interés en los viajes que a lomo de bestia o utilizando el recién construido ferrocarril realizaron los misioneros, así como en su establecimiento de varias hermandades de la Tercera Orden Franciscana, desde la primera oportunidad en que se hicieron presentes en la zona, en 1873, hasta la última creada durante la existencia del colegio en 1902.

Fueron numerosos los alumnos del colegio que recorrieron el altiplano llevando el mensaje evangélico. Ya se mencionó a los padres Mariano Arruga, Rafael Llauradó, José María Cervera, José María Gago, José Daniel Ibarra, Elías del Carmen Passarell, Leonardo Alfonso, Luis Bouroncle, Antonio Larrea, Francisco León, Antonio Murgoitio, Miguel Uriarte, Bernardino Larrínaga, Pacífico Bertrán, Daniel Gutiérrez, Juan Valdivia y Buenaventura Reoyo; así como también los hermanos Buenaventura Pilu, Manuel del Carmen Monclús y Leandro Espinoza, serían los actores de la jornada.

El Altiplano vivía en aquellos años el inicio de la expansión de las haciendas. En realidad, ya desde 1830 se habían establecido algunas casas comerciales, lo que significó la presencia de conocidas familias arequipeñas dedicadas a la exportación de lana de oveja o fibra de camélidos, aunque de manera limitada.

A partir de 1875 comenzaría la lucha por la posesión de la tierra, lo que terminará por agitar la zona y disponerla como terreno perfecto para que algunos personajes propalasen ideas contrarias al orden establecido. Fue una confrontación entre los hacendados —con gran poder, aunque reducidos en número— y la mayoría indígena, de procedencia aimara.

Los pueblos aimaras de la zona altiplánica, que a lo largo de la época colonial estuvieron dentro de la jurisdicción de la ciudad de La Paz o del corregidor de Chucuito (funcionario que gozó mucho tiempo de gran autonomía por la importancia que para la Corona tenían sus numerosos nativos, luego integrados en la intendencia de Puno), constituyeron una zona altamente conflictiva por ser escenario de diversos levantamientos indígenas.²

2. Scarlett O'Phelan identificó hasta 14 levantamientos en el área entre los años 1720 y 1780 (1988: 297-307). Augusto Ramos Zambrano y José Tamayo Herrera para el período 1880-1930 calculan alrededor de 40 o 50 (Tamayo 1982: 91).

Debido a la presencia del lago Titicaca, la zona poseía una fisonomía particular. Su gran masa de agua y sus ríos tributarios hacían de ella un espacio eminentemente ganadero, con miles de cabezas de camélidos criados desde la época prehispánica, además de vacunos y ovinos, a partir de la presencia española. A raíz de la cría de camélidos y ovinos, Puno sería parte del circuito lanero formado pocos años después de proclamada la independencia.

Junto con ello, el departamento constituía una importante zona minera. En los comienzos de la República existía en él un total de 68 minas; la plata era uno de los principales metales extraídos. En el siglo XVII las minas de Laicacota alcanzaron gran esplendor, en tanto que Carabaya se hizo famosa por sus lavaderos de oro. No obstante, la escabrosidad de la zona, la escasa tecnología con que se contaba, y otros tantos factores no permitían que esta actividad despuntase.

Si bien había entrado ya en decadencia, la afamada feria de Vilque todavía conservaba algo de su esplendor. Hacia 1860 Mateo Paz Soldán señalaba que si la población en la localidad era normalmente de 2000 habitantes, el día de Pentecostés se daban cita en ella hasta 30 000 personas, pues muchos venían de lugares incluso tan lejanos como Argentina para comerciar diferentes productos, tráfico que en 1846 alcanzó los 555 000 pesos (Paz Soldán 1862: 423).

Al promediar el siglo XIX, Puno estaba compuesto por seis provincias (Cercado, Carabaya, Huancané, Lampa,

— Álvaro Espinoza de la Borda —

Azángaro y Chucuito), y contaba con una población de 246 000 habitantes, la mayoría indígenas de habla quechua y aimara, cuya postergación y retraso eran evidentes. De hecho, por aquellos años la situación del departamento era bastante lamentable. Una muestra de ello lo constituye el aspecto educativo. Al respecto, José Tamayo Herrera realiza una ilustrativa síntesis:

La historia del Colegio de San Carlos, que resumió Santiago Giraldo en 1889[,] nos prueba como [sin duda se quiso decir «cómo»] este colegio[,] fundado por el Decreto del 7 de agosto de 1825, y luego por ley del Congreso de 1828, se instalaba por duodécima vez en 60 años, pues había llevado la vida más irregular y «no había producido frutos»[,] en palabras de Giraldo. Había sido un colegio teológico con Cabrera, jurista con Rey de Castro, gramático con Terbrugen, pero nada había dado a la ciencia, a la pedagogía, a la industria ni a los negocios. Cuando la Confederación, había sido clausurado, reabriéndose en 1837 con el nombre de Colegio de Socabaya. En 1865 fue nuevamente clausurado por falta de fondos. Reabierto años después, la guerra con Chile volvió a cerrarlo y en 1889 se reabrió después de una vida totalmente irregular. (Tamayo 1982: 84)

La misma suerte descrita aquí la corrieron otras instituciones como la universidad de San Carlos, fundada en 1856, instalada en 1859 y clausurada en 1865.

El obispado no pudo evitar correr una suerte similar. Eclesiásticamente, la diócesis reunía a diversas provincias del departamento que hasta ese momento formaban parte de otros obispados. Fue desmembrada de la diócesis del Cuzco y de algunos curatos que obedecían al de La Paz³ poco antes de la llegada de los misioneros, aunque ya Pío IX había mandado las bulas para su erección, dispuesta por una ley de 1832, pero recién cumplida en 1861, año en que fue nombrado el presbítero Mariano Chacón Becerra (quien, no obstante, renunció antes de ser consagrado).

No era halagüeño el estado del clero, bastante reducido, por lo demás. A esto hay que sumar que no existía un seminario para formar a los sacerdotes que iban a encargarse de los fieles. Junto con ello hay que considerar lo extenso del área que comprendía la diócesis; constaba de 61 curatos, a saber: Puno, San Antonio, Tiquillaca, Paucarcolla, Coaca, Capachica, Azángaro, Capinaca, Arapa, Santiago, Saman, Asillo, San Antonio, Putina, Pusi, Muñani, Taraco, Sandia, Coasa, Ayapata, Macusani, Jara, Quiaca, Huancané, Inchupalla, Vilque chico, Conima, Moho, Pucará, Ayaviri, Umachiri, Orurillo, Nuñoa, Macari, Lampa, Caracoto, Cabanilla, Vilque, Cabana, Juliaca, Atuncolla, Santo Domingo de Chucuito, Asunción de Chucuito, San

3. Fue vinculada a la Metropolitana de Lima y, en 1943 pasó a ser sufragánea de la Arquidiócesis de Arequipa; su catedral está consagrada a la advocación de la Inmaculada Concepción, y su patrono es san Carlos Borromeo.

Pedro de Acora, San Juan de Acora, Santa Bárbara de Ilave, San Miguel de Ilave, San Juan de Juli, Santa Cruz de Juli, Asunción de Juli, San Pedro de Juli, Santiago de Pomata, Rosario de Pomata, Asunción de Yunguyo, Magdalena de Yunguyo, San Pedro de Zepita, Pisacoma, Huacullani, San Sebastián de Zepita, San Pedro de Desaguadero y Pichacani (Paz Soldán 1862: 421-431). Si se menciona que, por ejemplo, la zona de Chucuito contaba con veinte parroquias, se tendrá una idea más clara de la vastedad de la región.

En 1865 monseñor Juan Ambrosio Huerta fue preconizado, con lo que se constituyó en el primer prelado⁴ de la diócesis.⁵ Huerta llegaría a su sede en 1866, pero por acción de personas enemigas de la Iglesia habría de renunciar al poco tiempo.⁶ Para sucederlo fueron nombrados Pedro José Chávez, en 1876, y el ya mencionado

4. El papa Pío IX lo preconizó el 27 de marzo de 1865, y el 25 de junio recibió la consagración como obispo. El 2 de julio fue erigida la diócesis, a la cual ingresó el 12 de mayo de 1866.

5. Fundó el seminario, dirigió varias cartas pastorales a su feligresía y publicó *La Iglesia puneña*. Tuvo que mediar en la rebelión de Juan Bustamante en Huancané, iniciada en noviembre de 1866. Si bien logró apaciguarla, el accionar de algunos gamonales agravó la situación, por lo que el movimiento se prolongó hasta 1868. En 1869 participó en el Concilio Ecuménico Vaticano I como uno de los representantes de la Iglesia peruana.

6. A su vuelta de Roma encontró que las relaciones eran tirantes entre su vicario, el deán José Dionisio Huerta, y el prefecto. A tal extremo llegaron los problemas, que el propio prelado tuvo que presentar su renuncia, que fue aceptada el 29 de enero de 1874. León XIII lo nombró entonces obispo de Arequipa el 20 de agosto de 1880, sede que ocupó hasta su muerte, ocurrida en 1897.

fraile del colegio de Arequipa, Juan Estévez Seminario, en 1880. Sin embargo, tanto el uno como el otro murieron antes de poder tomar posesión de la diócesis.

Tendría que pasar más de una década, hasta 1889, para que monseñor Ismael Puyrredón fuese nombrado obispo de la localidad. Con él por fin se hace estable la presencia de un prelado en la zona. A monseñor Puyrredón seguirían Valentín Ampuero C. M. (1909-1914), Fidel M. Cosio (1923-1933) y fray Salvador Herrera O. F. M. (1933-1948).⁷

Se puede ver que fueron Huerta y Puyrredón, los prelados que se desempeñaron en la zona durante el tiempo que funcionó el colegio apostólico de Arequipa. Ellos promovieron que los religiosos apoyasen la tarea de recuperar el espacio perdido por la Iglesia ante la falta de pastores y la influencia de grupos adversos.

La labor de los prelados fue bastante difícil. Al respecto comentaba el padre Luis Arroyo, antiguo guardián de La Recoleta y autor de la historia del convento: «Desde el punto de vista religioso[,] era Puno un pueblo no solo de poca piedad y suma indiferencia en materia religiosa, sino profundamente hostil al Clero y a todo lo que se relacionaba con el culto y la Iglesia Católica» (Arroyo 1951: 190). Tal situación queda aún más evidenciada cuando el propio

7. Debemos señalar que luego de la muerte de monseñor Ampuero, ocurrida en 1914, la sede estuvo vacante durante algunos años.

padre Arroyo señala que a su paso por Lampa, durante la primera visita realizada por los misioneros, en 1873, los padres Arruga, Llauradó, Cervera y Gago junto con el hermano Pilu encontraron que la ciudad se hallaba eclesiásticamente en entredicho, y que este había sido dictado contra ella por el gobernador eclesiástico de Puno hacía ya algunos años (Arroyo 1951: 192).

Marcadamente festivo y religioso, Puno contaba con un gran número de ocasiones para conmemorar a sus santos patronos. Entre los más conocidos están la Virgen de la Candelaria, que hasta el día de hoy reúne en febrero a miles de fieles, y el Señor de Vilque, que congrega a una importante cantidad de devotos, por lo que su templo era considerado santuario, como refieren los misioneros en las crónicas del colegio. No obstante, la fe del pueblo era imperfecta, lo que se evidenciaba en una religiosidad cargada de elementos de cultos ancestrales. Los propios misioneros señalaban:

La Religión y Dios de los indios es creer y adorar a Santiago en su caballo blanco, porque juzgan, cuando hay truenos y rayos, que este Santo hace destrozos con su gran chicote o espada a cuantos por desgracia toca: por esto cada indio tiene ocho o diez Santiaguitos de muy fea talla en su figura y horrorosa fisonomía. A estos Santiaguitos los tienen metidos en unos agujeros o especie de alacenas con sus sartas de huevos vacíos y mazorcas de maíz de colores que recogen a propósito para su adorno. Ninguna cuenta tienen con los Santos cuando

— El colegio apostólico de Arequipa y su labor misionera —

están buenos y sanos y mientras no suceda nada a sus ganados; pero si llegan a enfermarse o sufren robos en su ganado, como continuamente padecen por su descuido y pereza, entonces son sus recuerdos tiernos a los Santos, y prenden sus mechas con mil amenazas y blasfemias para que luego los libre[n] del mal, o haga[n] aparecer lo hurtado. Si el rayo cae en alguna choza, los que sobreviven o los de aquella familia son tenidos por dichosos por haber merecido la visita de Santiago y tienen patente para ejercer de curanderos y adivinos [...].

A la descripción anterior agregaba Arroyo:

La veneración que los indios de Pomata y sus alrededores tienen a Santiago no va en zaga a la que tributan a dicho Apóstol los de la provincia de Lampa. Prueba de esto nos la suministra el siguiente hecho. Con el fin de retocar el altar se había guardado la imagen del Apóstol. Al no ver los indios la efigie de Santiago, se imaginaron que el Párroco, de acuerdo con las autoridades, la había vendido. Fue suficiente esta sospecha para que toda la indiada se sublevara, amenazando dar muerte y quemar a todos los vecinos del pueblo. En vista de este inminente peligro, se pidió tropa a Puno; mas no por esto desistían los indios de su criminal intento. Sólo cuando se les mostró la imagen de Santiago se apaciguaron y se retiraron tranquilos a sus chozas. (1951: 229)

A ello añade el historiador franciscano: «En fin, es tanta la ignorancia y superstición que reina entre dichos indios, principalmente entre los de la Provincia de Chucuito, que

— Álvaro Espinoza de la Borda —

en el pueblo de Zepita hay una fiesta dedicada al Muerte Compadre, como lo llaman. A este esqueleto le adoran pasando alferazgo y festejan con una devoción esmerada, hacen su procesión y hay corridas de toros, etc.» (Arroyo 1951: 198-199).

En una oportunidad el hermano Pilu logró que en la localidad de La Raya los indígenas destruyesen tres calaveras que tenían grabadas en un cerro llamado Bebedero, a las que rendían culto (Arroyo 1951: 198-199).

Ante el notorio descuido de la labor evangelizadora en la zona, es comprensible la importancia del trabajo apostólico de los misioneros.

LAS MISIONES POPULARES

Las misiones populares constituyeron la actividad fundamental de los misioneros. Consistían en grupos de religiosos que salían de su convento a recorrer extensas zonas yendo de pueblo en pueblo en la serranía, y de barrio en barrio en las ciudades. Esta forma de apostolado fue introducida por los franciscanos desde los colegios que establecieron a partir del siglo XVIII y, como se ha señalado, no eran desconocidas en Arequipa.

Nos dice Julián Heras: «La dedicación de los franciscanos en el Perú al ministerio de las misiones populares fue sin duda su labor predilecta y distintiva, sobre todo en el

siglo XIX. Fue la obra de renovación y conservación del cristianismo en el Perú contra los embates del error, de las sectas y del proselitismo, sobre todo en los lugares más apartados y carentes del sacerdote católico» (Heras 1996: 87). Por ello afirma el padre Klaiber, S.J.: «Sobre todo gracias a la labor de la orden de san Francisco de Asís nunca hubo un abandono total de parte de la Iglesia de los pueblos del campo» (1988: 158).

Durante la existencia del colegio apostólico se llevaron a cabo las siguientes misiones:

1873: Puno, Lampa, Azángaro, Juli, Cora, Juliaca

1879: Puno, Pomata, Juli, Chucuito

1882: Lampa, Pucará, Azángaro, Huancané

1890: Puno, Sandia, Azángaro, Ayaviri, Juliaca

1893: Pucará, Asillo, Vilque, Azángaro, Putina, Lampa

1894: Puno, Azángaro, Sandia

1897: Puno, Ilave

1898: Puno, Azángaro

1900: Puno, Chucuito, Ilave

Como podemos apreciar, en diferentes oportunidades los padres del convento estuvieron en el departamento de Puno recorriendo lugares remotos, no pocos de los cuales exigían penosos viajes.

— Álvaro Espinoza de la Borda —

Las misiones produjeron diferentes resultados. Por ejemplo, recogemos aquí los apuntes del cronista del colegio que sirvieron de base al relato que hizo el padre Arroyo en su obra *La Recoleta de Arequipa*, que venimos citando. En agosto de 1873, la localidad de Juli, en Chucuito, fue el terreno de unas misiones que duraron algunas semanas. En dicha oportunidad, los lugareños tuvieron tal nivel de receptividad, que «pasaban casi todo el día en la iglesia», y se conmovieron tanto que llegó a ser impresionante «[...] el acto de perdón, pues levantaron tales gritos y tan copioso fue su llanto cuando el Sr. Cura, en su lengua nativa, les indicó el objeto del sermón y pidióles perdón, que toda la noche fue para ellos de mutuos abrazos de reconciliación, y aún cuando jamás se hubieran visto, ni sabido los unos de los otros, se hincaban, se pedían perdón y se abrazaban mutuamente, y esto continuó hasta el fin de la Misión» (1951: 194).

Si esto es conmovedor, lo fue más todavía el día 10 de setiembre, en que los misioneros intentaron marcharse para proseguir su labor en otra localidad. Escribe el cronista:

[...] pero era tanto el gentío que nos rodeaba, el llanto y desolación de aquellos pobres indios, que en [sin duda sobra ese «en»] los cerros, las quebradas y hasta las piedras parecía que lanzaban sentidos y desgarradores gritos de dolor, al ver a los Misioneros montados a caballo y próximos a partir. Los vecinos, para llenar de mayor consternación este cuadro, hicieron colocar una banda de música a la salida de la población, que con huaynitos

— El colegio apostólico de Arequipa y su labor misionera —

conmovía hasta las fibras más delicadas del corazón. Diré[,] en fin, que fue preciso hacernos violencia y considerar que teníamos que evangelizar pueblos, para desprendernos de aquellas pobres criaturas [...]. (Arroyo 1951: 194).

Estos testimonios abonan en favor de la aproximación que dejamos entrever líneas arriba respecto a que las misiones cumplían también una función de *apaciguamiento social*, si tenemos en cuenta que los historiadores franciscanos mencionan el «perdón público de las injurias» entre los resultados de exhortar a los habitantes de los pueblos a que buscasen a sus enemigos para pedir su perdón (Espinoza 2007: 47).

Otro de los beneficios de estas campañas misioneras fue la regularización de la vida marital, con la subsecuente legitimación de los hijos de las uniones de hecho. Fueron muchos los matrimonios celebrados durante las misiones populares. Era un beneficio efectivo para miles de mujeres y de niños, pues obtenían los derechos de los que antes carecían (Espinoza 2007: 47).

Las campañas de misiones populares se fueron incrementando conforme avanzaban los años. Posteriormente sufrieron una reorientación cuando los misioneros concentraron sus esfuerzos en las visitas pastorales a las órdenes terceras y, en los últimos años del Colegio, a la dirección de ejercicios espirituales. «El fin de la misión fue reavivar la fe en cada lugar visitado, invitando a los

habitantes a confesarse y recibir los sacramentos» (Klaiber 1988: 153).

LAS TERCERAS ÓRDENES FRANCISCANAS

La Tercera Orden Franciscana, institución laica cuya finalidad era restaurar en el mundo la santidad de costumbres, fue fundada por el propio san Francisco en los primeros años de la fundación de la Orden de Frailes Menores. Si bien había decaído notablemente, en el siglo XIX experimentó un resurgimiento debido al apoyo del papa León XIII, quien la enriqueció con singulares gracias y la adaptó a los tiempos modernos (Espinoza 2007). Incluso en su encíclica *Humanum genus* el papa León exhortaba a los obispos a propagar la Tercera Orden como remedio contra la masonería, el socialismo y el naturalismo. De hecho, a decir del padre Fernando Domínguez, desde 1885 se observó un mayor establecimiento de hermandades (1943).

Durante la fundación del colegio apostólico los misioneros establecieron varias hermandades: se sabe que entre 1887 y 1905 fundaron 33. En cuanto a Puno, establecieron tres: una en Azángaro (1890), otra en Lampa (1892) y otra en Putina (1893).

Estas hermandades dependían directamente del colegio apostólico, y para su atención se designaba a un sacerdote en calidad de rector. Dice el padre Arroyo: «El resultado de esta importante cruzada franciscana fue admirable: en todos los indicados lugares decenas y hasta cientos de

personas, respondiendo al llamamiento de los Misioneros, vistieron el cordón y el escapulario de Terciarios, abrazaron la Regla de la Tercera Orden dada por San Francisco a los cristianos que, sin abandonar sus casas y bienes y viviendo en el mundo desean hacer una vida más profundamente religiosa y salvar su alma» (Arroyo 1951: 305).

Según Pilar García Jordán, estas hermandades —denominadas por ella «grupos paraeclesiásticos»— colaboraron poderosamente con la labor evangelizadora ante lo reducido del clero y lo extenso del territorio (García Jordán 1991). Según el padre Klaiber, a partir de la segunda mitad del siglo (1855) se comenzó a forjar en los fieles una identidad católica que se expresó en un cierto sentido de pertenencia a la Iglesia, convirtiéndose esto en el principio de una causa católica a la que denomina «Iglesia militante» (Klaiber 1988). El padre Enrique Fernández García, por su parte, opina que se produjo una renovación religiosa debida a la acción conjunta de consagrados y laicos que revitalizaron la vida cristiana y colaboraron con la obra apostólica (Fernández García 2000). Por esa razón apuntaba el padre Arroyo:

De aquí la necesidad de establecer la Tercera Orden en todos los pueblos; su eficaz influjo en la santificación de la vida cristiana y por lo tanto el bien inmenso que hicieron los Misioneros con esta campaña franciscanizadora de las familias. Tal vez podría decirse que esta cruzada superaba en frutos duraderos a las mismas misiones, puesto que éstas vienen a ser como una hoguera en la vida cristiana y la que conserva continuamente encendidos esos deseos

— Álvaro Espinoza de la Borda —

de mayor perfección es la Tercera Orden Franciscana, que diariamente van formando y vigorizando la vida interior del cristianismo hasta completar la obra santificadora de sus miembros. (Arroyo 1951: 306)

El padre Antonio Iglesias, de la propia orden franciscana, señala: «[...] son los Terciarios los que en los pueblos apartados se preocupan de la recepción de los Sacramentos de Confesión y Comunión, y [...] finalmente son ellos los que, al solicitar la presencia del Padre Visitador o Rector, proporcionan de cuando en cuando a los pueblos en que se hallan establecidas dichas Hermandades en [sin duda se quiso decir «el»] beneficio de la predicación de la Palabra de Dios, que de otra suerte difícilmente hubieran obtenido». Y añadía: «[...] solo cuando en todos los órdenes de la vida social se haya introducido el espíritu de San Francisco, se logrará la verdadera y completa reforma social [...]» (Cabré 1946). La idea de establecer órdenes terceras era integrar al mayor número de laicos posible a la tarea evangelizadora para lograr cambios en la sociedad: «Probablemente llegó a constituir la organización religiosa más arraigada entre las clases populares de la época republicana. Algunos representantes de las clases altas también vistieron el hábito de los terciarios» (Klaiber 1988: 154).

Se puede afirmar que las órdenes terceras significaron un complemento de las giras misioneras que por largos años realizaron los franciscanos y que mantuvieron presente su espíritu cuando las misiones populares dejaron de llevarse a cabo.

Bibliografía

Archivo del convento de La Recoleta de Arequipa

- Libro de Elecciones y Actas Capitulares desde el año 1840 a 1869 durante la Recolectión y hasta la erección del Colegio Apostólico de Propaganda Fide.
- Libro de Elecciones y Sesiones Capitulares (1872-1905).
- Libro de Actas, Circulares y Decretos desde el 18 de Setiembre de 1869 a 24 de enero de 1936.
- Libro de Sesiones Discretoriales (1875-1941).
- Libro. Crónica de este convento de la Recoleta desde el año 1869 a 1905.

Catálogo de las obras y opúsculos del

R. P. Elías Passarell.

1891 Lima: Tipografía Católica.

Catálogo de las obras y opúsculos del

M. R. P. Fr. Elías del Carmen Passarell.

1906 Lima: Imprenta La Providencia.

Constituciones Sinodales del Obispado de Arequipa dadas y promulgadas en el Sínodo Diocesano celebrado por su

— Álvaro Espinoza de la Borda —

Obispo propio el Ilustrísimo D. D. Juan Ambrosio Huerta, en los días 31 de agosto y siguientes del mes de setiembre del año del Señor 1883.

1883 Arequipa: Imprenta de La Bolsa.

Crónica de las fiestas religiosas, literarias y populares que han tenido lugar en la católica ciudad de Arequipa para celebrar el jubileo sacerdotal de nuestro santísimo padre el papa León XIII.

1888 Arequipa: Imprenta de la Crónica Imparcial.

Discursos pronunciados en la Catedral de Arequipa.

1890 Arequipa: Imprenta Medina.

Estado general de los colegios de misioneros franciscanos dependientes de la comisaría general del Perú, Ecuador y Colombia.

1893 Lima: Imprenta de San Pedro.

Estado general de los colegios de misioneros franciscanos dependientes de la comisaría general del Perú, Ecuador y Colombia.

1899 Lima: Imprenta de San Pedro.

Estado general de los colegios de misioneros franciscanos de la comisaría del Perú.

1904 Lima: Imprenta del Correo.

Estado general de los colegios de misioneros franciscanos de la comisaría del Perú.

1906 Lima: Imprenta del Correo.

— El colegio apostólico de Arequipa y su labor misionera —

Arce, Agustín, O. F. M.

1961-1964 «Noticias biográficas de algunos misioneros del Perú». *Efemérides de la Provincia Misionera de San Francisco Solano*, n.º 49-59, año XVII-XX. Lima.

Armas Asín, Fernando

1998 *Liberales, protestantes y masones. Modernidad y tolerancia religiosa. Perú siglo XIX*. Lima: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas-Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Arroyo, Luis, O. F. M.

1950 *Comisarios Generales del Perú*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Instituto Santo Toribio de Mogrovejo.

1951 *La Recoleta de Arequipa*. Lima: Imprenta Colegio Militar Leoncio Prado.

Belaunde, Víctor Andrés

1960 *Arequipa de mi infancia. Memorias*. Lima: Imprenta Lumen.

Benito Rodríguez, José Antonio

1998 *Arequipa católica, la Roma del Perú. Apuntes históricos*. Arequipa: s. d.

— Álvaro Espinoza de la Borda —

Cabré, Francisco, O. F. M.

1946 *Crónica del Primer Congreso Nacional de Terciarios Franciscanos*. Lima 3-7 de Octubre de 1945. Lima: Delegación General de la Orden Franciscana en la América Meridional.

1959 *Biografía del Excmo. y Rvmo. Mons. Fr. Mariano Holguín, O. F. M. Primer Arzobispo de Arequipa 1860-1945*. Lima: Editorial San Antonio. Lima.

Carrasco, Eduardo

1846 *Calendario y guía de forasteros de la república peruana para el año de 1847*. Lima: Imprenta de Instrucción Primaria por Félix Moreno.

Domínguez, Fernando, O. F. M.

1943-1948 «Las Terceras Órdenes dependientes del Convento de La Recoleta de Arequipa. Apuntes históricos». *Floreillas de San Antonio*, año XXXII-XXXVIII. Arequipa.

1955 *El colegio franciscano de Propaganda Fide de Moquegua (1775-1825)*. Madrid: Verdad y Vida.

1992 *La Orden Franciscana Seglar en el Perú. Pasado y presente*. Lima: Provincia Misionera de San Francisco Solano.

Echeverría y Morales, Francisco Xavier

1952 [1804] «Memoria de la santa Iglesia de Arequipa».

— El colegio apostólico de Arequipa y su labor misionera —

En: Víctor M. Barriga (ed.). *Memorias para la historia de Arequipa*. T. IV. Arequipa: Imprenta Portugal.

Espinoza de la Borda, Álvaro

2005 «El convento de recolección de San Jenaro de Arequipa». *Arequipa al Día*, n.º 5301, año 14, domingo 18 de setiembre.

2007 «La labor de los misioneros franciscanos de La Recoleta en el resurgimiento de la Iglesia en Arequipa, 1869-1908». *Fraternidad Provincial*, n.º 269, 6 de febrero. Lima.

Fernández, Enrique, S. J.

2000 *Perú cristiano. Primitiva evangelización de Iberoamérica y Filipinas, 1492-1600, e Historia de la Iglesia en el Perú, 1532-1900*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

García Jordán, Pilar

1991 *Iglesia y poder en el Perú contemporáneo 1821-1919*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.

Heras, Julián, O. F. M.

1983 *Los franciscanos y las misiones populares en el Perú*. Madrid: Cisneros.

— Álvaro Espinoza de la Borda —

- 1992 *Aporte de los franciscanos a la evangelización del Perú*. Lima: Provincia Misionera de San Francisco Solano.
- 1993 «Franciscanos en el Perú». En: Francisco Morales O. F. M. (ed.). *Franciscanos en América*. México D. F.: Conferencia Franciscana de Santa María de Guadalupe.
- 1996 «Los franciscanos del Perú a partir del siglo XIX». *Revista Peruana de Historia Eclesiástica*, n.º 5. Cuzco.
- 1968 Catálogo de los impresos de la Provincia (1908-1968). En: *Efemérides de la Provincia Misionera de San Francisco Solano*, n.º 70-71, año XXIV. Lima.
- Jacobsen, Nils
- 1998 «Conflictos políticos e identidad étnica: el Altiplano peruano entre 1866 y 1868». En: *Actas del IV Congreso Internacional de Etnohistoria*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Tomo I.
- Klaiber, Jeffrey, S. J.
- 1988 *La Iglesia en el Perú. Su historia social desde la Independencia*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Martínez, Santiago

1933 *La diócesis de Arequipa y sus obispos*. Arequipa:
Tipografía Cuadros.

O'Phelan Godoy, Scarlett

1988 *Un siglo de rebeliones anticoloniales. Perú y
Bolivia 1700-1783*. Cuzco: Centro de Estudios
Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.

Passarell, Elías, O. F. M.

1895 *Las glorias de Arequipa*. Arequipa: s. d.

1896 *Conveniencia de los Círculos Católicos de
Obreros, e importancia de las Sociedades
Fraternales de Artesanos*.
Lima: Imprenta San Pedro.

Paz Soldán, Mateo

1862 *Geografía del Perú*. París: Librería de Fermín
Didot Hermanos, Hijos y Compañía.

Sáiz, Odorico, O. F. M.

1945 *Reseña histórica y estado actual de la Provincia
Misionera de San Francisco Solano del Perú*.
Lima: Sanmartí y Cía.

1993 *Restauración de la Orden Franciscana en el Perú
en el siglo XIX*. Lima: Provincia Misionera de
San Francisco Solano.

— Álvaro Espinoza de la Borda —

Sáiz Diez, Félix, O. F. M.

1992 *Los colegios de Propaganda Fide en Hispanoamérica*. Lima: Provincia Misionera de San Francisco Solano.

Sánchez-Moreno Bayarri, Víctor

1987 *Arequipa colonial y las fuentes de su historia*. Lima: S. M.-Aserprensa.

Tamayo Herrera, José

1982 *Historia social e indigenismo en el Altiplano*. Lima: Treintaitrés.

Travada, Ventura

1993 [1750] *Suelo de Arequipa convertido en cielo*. Lima: Ignacio Prado Pastor.

Uriarte, Buenaventura L. de, O.F.M.

1958 «Oración fúnebre pronunciada con ocasión de las Bodas de Oro de la Provincia Misionera de San Francisco Solano, en S. María de los Ángeles de Lima, el 4 de junio de 1958, por el vicario apostólico de San Ramón». *Efemérides de la Provincia Misionera de San Francisco Solano*, n.º 40-41, año XIV. Lima.